LA CRUZ ~~vol. 35~~ (1955)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1955

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 30 2003
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BR7 .C78

Cruz.

La Cruz
REVISTA MENSUAL
Julio 1º – 1955
Nº 415 Año XXXV

"Communicantes et memoriam celebrantes..."

Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida

—V—

LA vida interior debe tener una sólida unidad. No es una serie de devociones aisladas unas de otras, o entrecortadas por las ocupaciones exteriores. No es como un mosaico formado por una multitud de piedrecitas de diferentes colores y figuras. Ni tampoco es como un archivo en que cada gaveta tiene una sola clase de documentos.

Porque muchos conciben así la vida interior; por ejemplo: una hora de oración; durante esa hora se aplican a ella. Acabada esa hora, se acabó la oración. Ya es cosa puesta aparte; se guarda el legajo, se encierra en su "*folder*" y se acabó. Después viene, supongamos, la santa Misa y comunión. Van a la Misa y asisten a ella lo mejor que pueden. Se acabó la Misa y la ponen aparte para pasar a otra cosa: el trabajo, tomar los alimentos, etc. Y hacen de la vida interior una pedacería, como un vestido formado por muchos retazos, uno azul, y otro verde, y otro amarillo, uno de un dibujo y otro de otro dibujo, etc. La vida espiritual no es así. Es como la vida natural, en que todos los órganos funcionan constantemente y unos a otros se ayudan, y se completan, y hay perfecta unidad.

Esa unidad fisiológica la recibe nuestro organismo de nuestra alma, que unifica todas las funciones y todas las ordena al fin propio de la vida natural.

Con mayor razón la vida interior debe estar unificada por un principio vital. Sin duda que radicalmente ese principio vital es la gracia santificante y la caridad, vida del alma; pero de una manera más inmediata es el espíritu de oración —el mejor ejercicio de la caridad— el que debe unificar nuestra vida espiritual.

Por eso es muy conocido el ejemplo de ese santo, —parece que fue San Francisco de Sales. Una de sus dirigidas le dio para su aprobación su reglamento de vida, y tenía

una hora de oración mental; el Santo borró una y puso: *"24 horas diarias de oración mental"*.

¿Qué nosotros vivimos nada más de 8 a 8 y cuarto cuando tomamos el desayuno, y de 1 a 1 y media cuando comemos, y de 8 a 8 y media cuando cenamos? No, vivimos todo el día y toda la noche, despiertos y dormidos. La vida no se puede interrumpir.

Y la oración es una vida, es la vida de nuestras relaciones con Dios, y no debe interrumpirse. Debemos estar constantemente en contacto con Dios.

Así será la vida del cielo: una constante comunicación con Dios, sin ruidos de palabras; sin cesar nos estaremos comunicando, y amando, y uniéndonos más a El, y dejándonos poseer más por El, sin interrupción. Allá no hay ni día ni noche, allá no hay más que el momento de la eternidad; pero ese momento eterno está lleno de nuestra comunicación con Dios.

La vida espiritual no es más que un preludio de la vida del cielo. Y por eso debemos tratar de que nuestras relaciones con Dios sobre la tierra no se interrumpan, en cuanto lo permita la miseria humana.

Así es que si venimos a la oración, no quiere decir eso que sólo debamos hacer oración durante una hora o durante la visita al Santísimo o la hora de adoración. No, sino que debemos hacer oración durante todo el día.

* * *

Por eso se dice que debemos VIVIR una VIDA DE ORACION, una vida de constante comunicación con Dios, en cuanto lo permita la flaqueza humana.

Por eso Nuestro Señor nos dio este consejo, más todavía, este precepto: *"Oportet semper orare, et non deficere"* (1) Para que no desfallezcamos, para que no venga la decadencia y la muerte, es preciso orar siempre, "SEMPER ORARE".

Y si esto es verdad de todos los cristianos, ¿qué decir de un alma que trata de llegar a la perfección? Debiera vivir siempre en oración.

Eso es posible. Y no sólo es posible: de hecho, eso pasa con toda alma que es fiel y generosa: acaba por vivir en una atmósfera sobrenatural, en un ambiente divino, en un contacto prolongado con Dios.

Y esta vida de oración por cierto que en nada estorba

a nuestras ocupaciones exteriores y a nuestros deberes para con nuestros prójimos; porque Dios no estorba en ninguna parte. Al contrario, es un medio para que nuestras relaciones con el prójimo sean lo que deben ser.

¿No nos ha pasado a veces, cuando Dios nos ha concedido hablar con un sacerdote verdaderamente lleno de Dios, con un alma de oración, que su simple presencia nos lleva a Dios, que nos alejamos de él con mayores deseos de santificarnos, de sacrificarnos, de entregarnos a Dios? El contacto con los santos siempre produce este efecto.

Lo mismo pasa con los seglares: cuando vienen a visitar a una religiosa que de veras es alma de oración y está llena de Dios, se salen de aquella casa religiosa sin hacer comentarios, porque el mejor comentario que se hace entonces es interior: es un deseo de entregarse a Dios, es una comparación de la vida de aquella religiosa con la que ellos llevan en el mundo, y es un avergonzarse delante de ella, y un deseo de cambiar de vida y ser mejores...

Y lo mismo pasa cuando Nuestro Señor nos concede un superior santo: no necesita andar reprendiendo por todas partes ni traer el palo en ristre para castigar a todo el que no hace lo que debe hacer; un superior que reprende a cada paso, y que quiere estar exhortando a todas horas, y dando consejos en todas partes y a todos, no hace más que perder su tiempo. Las almas llenas de Dios necesitan hablar muy poco: su sola presencia nos lleva a Dios. Están llenas de Dios, porque son almas de oración.

La oración, pues, debe ser una vida; no debemos orar a intervalos, dos o tres horas al día, sino veinticuatro horas al día.

* * *

Pero hay también algo muy importante; y es que toda vida necesariamente progresa, se desarrolla; porque de lo contrario viene la decadencia y la muerte.

La vida no puede detenerse, como dije. Un niño no puede permanecer siempre niño, sería un fenómeno, un monstruo; tiene que desarrollarse y crecer, y pronto el niño se transforma en adolescente. Y el adolescente no

puede detenerse allí, sino que se sigue desarrollando y se transforma en joven. Y el joven pronto se convierte en hombre maduro.

Pero, si ya no sigue creciendo la vida, porque somos mortales, porque esta vida es perecedera y caduca; entonces, después de la plenitud de la vida, empieza la decadencia, la vejez. La decadencia continúa en una curva descendente que va a terminar en el sepulcro, en la muerte.

De tal manera que toda vida humana primero sube hasta la cumbre, hasta lo más alto que se puede llegar; cuando no puede más, no tiene remedio, no puede mantenerse allí; necesariamente empieza la decadencia hasta terminar en la muerte.

Así es toda vida.

Así es la vida de oración. La vida de oración está sujeta a la misma ley del progreso o de la decadencia, al desarrollo o a la muerte. Con la diferencia de que en la vida de oración se puede crecer siempre: la decadencia no es propia de la vida de oración, es culpa nuestra. Porque la oración es una vida divina y, por consiguiente, eterna.

De manera que, a diferencia de la vida natural, la vida de oración debe ir progresando siempre, siempre, hasta transformarse en la contemplación del cielo, en la visión beatífica.

Sólo en la eternidad se estabiliza en el momento eterno con que se mide.

Pues bien, las almas que tratan de llegar a la perfección, debieran entrar dentro de sí mismas para ver si han progresado en la oración; porque si no han progresado, pueden estar seguras de que ha empezado en ellas la decadencia que terminará en la muerte.

¿Hacemos mejor la oración ahora, que cuando empezamos la vida espiritual? ¿Hacemos mejor la oración ahora que a los principios? ¿Es mejor nuestra oración ahora que el año pasado?

Y tengamos en cuenta que Nuestro Señor, a los principios, tiene siempre el cuidado de derramar gracias especiales de oración, tan escogidas, que después no es fácil que las conceda.

Es natural: cuando se planta en la tierra un pequeño rosal, por ejemplo, son necesarios muchos cuidados: regarlo con más frecuencia, abonar la tierra, etc. Cuando ya

se ha desarrollado, entonces ya no son necesarios, bastan los cuidados ordinarios y comunes.

Lo mismo pasa con un alma: cuando nace a esta nueva vida, necesita un riego especial de Dios, cuidados especiales, y éstos consisten en gracias muy especiales de oración.

Y esas gracias especiales de oración, esos gérmenes fecundos, esas semillas preciosas, ¿cómo las hemos aprovechado? ¿hasta dónde las hemos hecho germinar? ¿qué cuidados les hemos prodigado?

Si de estas reflexiones sacáramos la resolución de trabajar hasta llegar a ser almas de oración y vivir una vida de oración, indudablemente que serían de gran provecho para nuestras almas.

* * *

Pero hay que hacer notar que el progreso en la oración no se ha de juzgar con un criterio humano; porque eso desalienta a muchas almas y las hace juzgar erróneamente de su vida de oración.

Ya me figuro que muchas almas dirán en su interior: yo hacía mejor la oración cuando empezaba que ahora después de tantos años de trabajar en ella.

Pero es que juzgamos de la oración con un criterio humano, y no debe ser así: la mejor oración no es la que sale a nuestro gusto, sino la que sale a gusto de Dios.

Nuestro Señor dice: "*Vuestros caminos no son mis caminos y vuestros pensamientos no son mis pensamientos* (2)".

No tenemos, pues, derecho de juzgar de la oración con un criterio humano, sino con un criterio sobrenatural.

Y por eso importa mucho que tratemos este punto: ¿cómo conoceremos que vamos progresando en la oración? ¿Cuáles son las señales de progreso en la oración?

Sin duda que se pudieran dar varias, pero no quiero por esta vez sino insistir en lo que ya dije: una oración progresa en la medida en que se simplifica.

Cuántas veces se quejan las almas, por ejemplo, de que no hacen oración, porque vienen a la presencia de Nuestro Señor y se olvidan de los puntos, y no saben utilizar un libro, únicamente sienten el atractivo de estar en le presencia de Dios.

Y a veces hay confesores poco advertidos que dicen: Está usted perdiendo su tiempo; esa es pereza espiritual; póngase usted a trabajar en la oración, haga usted los

preludios, haga trabajar al entendimiento con las reflexiones, a la voluntad con los afectos, saque usted resoluciones, haga, en fin, los coloquios, la oración final, el examen de la meditación; trabaje usted, no esté perdiendo el tiempo...

Y esas almas se quieren poner a hacer todo eso y no pueden. Y se desconciertan y no saben qué hacer...

Les pasa lo que a Santa Teresa del Niño Jesús: predicó los Ejercicios espirituales a la comunidad un sacerdote, el P. Blinot, y se fue a confesar la Santa con el Padre predicador y le manifestó que sentía unos deseos inmensos, unos deseos de amar a Dios más que como lo había amado su santa Madre, Teresa de Jesús...

El Padre creyó que aquella alma iba por camino de ilusiones, que aquello era exagerado, que era una pretensión, una jactancia, tratar de amar más a Dios que Santa Teresa de Jesús. ¿Cómo podía ser eso? ¿dónde estaba la humildad? Y entonces le dio su reprensión.

La Santa respetuosamente le contestó: "Sin embargo, Padre, en el Evangelio, Nuestro Señor no nos dice que seamos santos como nuestra santa Madre Teresa de Jesús, sino que seamos perfectos como nuestro Padre Celestial, que es algo más..." Y realmente no tuvo qué contestar.

Cuando se reprende a un alma en estas circunstancias porque se deja llevar de la pereza en la oración y no hace todo lo que debe hacer según el método de la meditación, entonces le podría decir: los Padres de la Iglesia, los santos de los primeros siglos, los Apóstoles, aquellos monjes de la Tebaida y de la Escitia, todas las generaciones cristianas hasta el siglo XVI, ¿qué, no hacían oración? Y entonces no se conocía la oración tan metodizada.

Es notable cómo en las Ordenes antiguas, por ejemplo en los benedictinos, no hay tiempo determinado para la oración, no hay absolutamente una hora, una media hora, un cuarto de hora en que puedan decir: este tiempo es exclusivo para hacer meditación. ¿Es que no la hacían? ¿es que no la hacen? No, es que la hacen todo el día, pero no la hacen según un método determinado, es que toda su vida está ordenada a la oración. Se supone que un monje vive orando, entregado a Dios.

El canto del Oficio Divino es una oración; la celebración de la Santa Misa, la lectura, la "*lectio divina*", como la llamaban los antiguos, todo era para ellos oración; y hasta tenían libertad para, después de los Oficios, quedarse en la capilla, en la iglesia abacial, en el coro, sabo-

reando todo lo que habían encontrado en la liturgia para unirse con Dios.

Así lo hacía, por ejemplo, ese célebre escritor, uno de los más notables de nuestro tiempo: Don Columba Marmión: después del Oficio Divino se quedaba en el coro como una estatua. Entonces era un simple religioso, y los demás decían con gracia de él: "*Meditabor ut columba*" (3).

Una oración que se simplifica es una oración que se perfecciona. Mientras más sencilla es nuestra oración, es más perfecta.

La oración más perfecta de todas, ¿no es la contemplación? Y la contemplación ¿qué es? Es como una mirada, nada más, una mirada en la que se contempla un misterio, una verdad, una palabra, y en que el corazón se inflama con ese amor que de ese misterio, de ese conocimiento, nace.

Y el cielo, la visión beatífica, ¿no es un acto simplísimo? ¿Y la oración, la contemplación, no es el preludio de la visión beatífica? (4).

Por eso no hay que darle vueltas: en la medida en que una oración se simplifica, se perfecciona.

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

(1) Luc., 18, 1.—(2) Isai., 55, 8.—(3) Isai., 38, 14.—(4) Esperamos que nuestras palabras no se interpreten mal. No tratamos de reprobar los métodos de oración, sino el abuso de ellos. No hablamos aquí a los principiantes, a quienes hay que disciplinar en la oración con algún método (cuanto más sencillo, mejor); sino a las almas que van progresando en la oración y cuyos progresos se impiden por sujetarlas demasiado a los métodos de oración. Un artista —salvo que sea un genio—, cuando empieza, necesita sujetarse a un método; pero cuando ha llegado a la posesión de ese arte, el método le estorba y se deja llevar por los vuelos de su inspiración. Así el alma, cuando ya se ha orientado en la oración, debe dejarse llevar de los impulsos de la gracia.

PAN DE VIDA

DESPUES de larga jornada, Jesús y sus discípulos se encontraban de nuevo cerca del incomparable mar de Galilea.

En aquel viaje por Tiro y Sidón y en éste del lago, le habían seguido miles de personas durante tres días.

Al tercer día, el Maestro divino se compadeció de la muchedumbre y volvió a multiplicar los panes y los peces para alimentar a sus seguidores.

Este hecho evangélico viene a recordar al mundo el camino que conduce al cielo y que comienza con el olvido propio. Es la urgencia de los momentos presentes: renovar la fe casi muerta y tener hambre de Eucaristía, y hambre de la palabra de Dios, y hambre de buenas obras.

HAMBRE DE EUCARISTIA

Ese grande historiador que se llamó Luis Pastor narra el siguiente hecho:

Hombres malvados se apoderaron de Groenlandia y, como ha sucedido siempre en la historia de la Iglesia, cerraron todos los templos y dieron muerte o desterraron a todos los sacerdotes.

Esta opresión duró más de ochenta años y, por lo mismo, con la falta de sacerdotes y de culto, las nuevas generaciones comenzaron a seguir el camino del mal.

Sólo algunos conservaron su fe y la supieron defender. Este grupito tenía en su poder el corporal que había sido utilizado por el último misionero que había celebrado la última Misa.

Cada año se reunían en torno de aquella sagrada reliquia y hacían esta oración: "Señor, mándanos pronto el sacerdote para que consagre; una vez al menos queremos alimentarnos con tu Carne y beber tu Sangre, antes que

también nosotros perdamos la fe y muramos como paganos.''

Es un episodio histórico conmovedor.

Los hombres de hoy tenemos a Jesús siempre cerca. Sin embargo, ¡cuántos templos permanecen desiertos durante todo el día, con la sola presencia de la lámpara del Sagrario!

¡Cuántas almas de las grandes ciudades ni siquiera comulgan por la Pascua! ¡Cuántas reciben la Sagrada Comunión con frialdad!

Y las que están más cerca de El ¿han sido fieles? ¿En realidad cada Comunión ha estado llena cada vez de más amor y de más pureza?

¿No han omitido las visitas diarias para conversar con El en el silencio de su Sagrario? ¿O han preferido ''la conquista de las almas'' al trato íntimo y necesario con Jesús Eucaristía? ¿Han olvidado quizá aquella frase: si tus ocupaciones te impiden orar, estás más ocupado de lo que te conviene?

¿No están más bien llenas de hambre de vanagloria, de orgullo, de sensualismo, de cosas externas, que de hambre de Jesús Hostia?

¿Se pondrá la objeción de que con la vida puramente contemplativa es imposible el apostolado, y que el Santo Padre Pío XII quiere mayor acción externa, y que Cristo dijo: *''Yo vine a traer fuego a la tierra y que otra cosa he de querer sino que arda?''*

En primer lugar, todos saben que *''el alma de todo Apostolado''* es la *''vida interior''*. Que sólo siendo *''santos podemos santificar''*; que Santa Teresita de Jesús, contemplativa, es *''Patrona de las Misiones''*. También saben lo que significan estas palabras brotadas de labios de su Santidad Pío XII: *''Existe otra nueva herejía: la herejía de la acción''*. Y no pueden cerrar los ojos ante la vida de Jesús que, para prender el fuego, pasó 30 años oculto y en oración.

Jamás se debe olvidar que lo primero en la vida espiritual nunca puede dejar de ser lo primero. De lo contrario, el tiempo, que compra la eternidad feliz, se pierde miserablemente y lo único que se logra es comprar la eterna condenación; o, por lo menos, es demasiada la agitación y poco o nada la cosecha y el fruto.

Para vivir y para dar la vida, no existe otro sendero que el del Tabernáculo: ¡HAMBRE DE EUCARISTIA!

HAMBRE DE LA PALABRA DE DIOS

Cierto día S. Efrén se encontraba en oración y de pronto escuchó que alguien le dijo: *"Efrén, come"*. El, con razón, se sorprendió y preguntó ¿Qué voy a comer? La voz le dice: *"Ve con Basilio y él te dará el alimento"*.

S. Efrén salió a buscar a S. Basilio y al llegar a su iglesia lo encontró predicando; entonces comprendió que el alimento a que se refería la voz misteriosa era *"la palabra de Dios"*.

Para no morir, el cuerpo necesita comer, y comer bien. Al contrario, los alimentos que le hacen daño no los come.

Esto es lo que sucede en la vida del espíritu. Se debe comer lo bueno, y comer bien, y nunca comer lo que hace daño.

Acudir a escuchar la palabra de Dios; leerla cuando está escrita y rechazar toda conversación o lectura que haga mal.

Todo cristiano debe tener hambre de la palabra divina, oral o escrita, para alimentar su inteligencia y su corazón. Pero las almas consagradas a Dios necesitan más ese alimento.

Cuando llega por la vía oral, deben recibirlo con atención, con respeto, con gratitud. Después, como todo alimento, deben convertirlo en vida. Cuando viene por el sendero de sus propios ojos en las lecturas espirituales, deben ante todo no leer jamás con superficialidad o con excesiva rapidez. El alimento devorado casi siempre hace daño. Además, deben leer DIARIAMENTE.

¡Hambre de la palabra divina! No de la palabra humana. Esta es útil y es complemento de buena cultura; pero nunca debe ocupar el primer lugar en el archivo de un alma que libremente escogió el mejor camino y juró fidelidad a El.

HAMBRE DE BUENAS OBRAS

Se cuenta que al morir S. Benito, dos monjes tuvieron esta visión; contemplaron un camino maravillosamente adornado que comenzaba desde la celda del santo, se elevaba sobre los montes y se perdía en el cielo. Al mismo tiempo escucharon una voz que decía: *"Este es el camino que Benito se ha preparado con las buenas obras de su vida; por él ahora subirá al cielo"*.

Supongamos que la *"hermana muerte"*, como la lla-

maba S. Francisco de Asís, nos hace hoy su visita, ¿podríamos también ir al cielo en medio de un camino adornado de buenas obras?

¿Hemos pensado alguna vez que el mundo actual no tiene hambre de buenas obras en todo el profundo sentido de esta palabra y de este adjetivo?

Muchos hacen obras, pero no buenas. Y no las hacen buenas por un doble motivo: primero, porque nunca se quieren sacrificar a sí mismos para hacer el bien; y segundo, porque, si se sacrifican, en el fondo lo hacen por vanagloria.

En ambos aspectos la obra realizada carece de la bondad que viene de Dios y que a El debe volver.

Cuántas veces el alma que obra el bien, al completar la obra, ella sola se alaba y se atribuye la grandeza de lo hecho. Absolutamente hablando, Dios le tomará en cuenta su buena voluntad inicial. ¡Mas qué distinto mérito, si en realidad estuviera vacía de orgullo y egoísmo!

¿Cuál es el secreto de hacer buenas obras y de realizarlas con todo éxito? La cercanía a la Fuente; más Pan de vida eterna y menos egocentrismo o lo que es equivalente: más Dios y menos pasiones desbordadas.

Al ejemplo de la turba del evangelio, busquemos primero a Jesús, su palabra, la imitación de sus obras, que todo lo demás llegará por añadidura y por las manos de la Virgen Inmaculada, la dulce Mediadora universal.

ROBERTO GONZALEZ COLUNGA, M. Sp. S.

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA

dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Director: J. G. TREVIÑO

Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 42-31

Teléfono 35-00-99 **México 1, D. F.**

SUSCRIPCION: Por un año $ 8.00. — Número suelto, $ 0.80.

En el Extranjero, Dllr. 1.00.

● A los agentes, descuentos especiales. ● La persona que coloque 10 suscripciones, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

PAGINAS MISTICAS

¡CALLAD!...

ALMAS que tenéis sed de perfección y santidad, almas atormentadas por el deseo inmenso de poseer a Dios, almas que tenéis hambre, pero hambre insaciable de amor divino... ¡callad! ¡callad!

Porque ahí está la parte que a nosotros nos corresponde en el trabajo de nuestra santificación. Porque toda la vida interior, en sus principios como en su desarrollo y en su consumación, se puede compendiar en esta sola palabra: "SILENCIO".

Dios mismo, en el secreto inefable de su vida interior, no se ha dicho, ni se dirá eternamente, sino una sola palabra: su VERBO... Y ese mismo Verbo divino, Palabra viviente, es una Palabra eternamente silenciosa... *¡Verbum silens!*... silencio eterno que ha tenido un eco en el silencio inefable de Nazareth, en el silencio sublime de nuestros sagrarios...

* * *

El primer paso en las vías solitarias del silencio consiste en

HABLAR POCO CON LAS CRIATURAS
Y MUCHO CON DIOS

Silencio con el mundo...; silencio que refrena toda curiosidad..., que nos hace respetar esta lengua donde cada mañana reposa el Verbo, la Palabra eterna del Padre...; silencio que prohibe toda palabra inútil y corta toda conversación vana.

Pero este silencio debe extenderse más, debe ser un

SILENCIO DE TODO NUESTRO EXTERIOR

que refrene todos nuestros sentidos. Silencio de la vista (*modestia*) del oído, de la voz, silencio hasta en el andar, (*silencio de acción*).

El alma hace a un lado todo lo que puede distraerla, se aleja del mundo, huye sola hacia Aquel que vive en la soledad y ahí gusta las primicias de la unión divina y saborea la dulzura de las intimidades de su Dios. Este es el silencio del recogimiento o el recogimiento en el silencio.

* * *

Pero después de haber acallado todos los ruidos exteriores, es preciso apagar también los ruidos interiores.

La imaginación es la primera facultad que viene a llamar a las puertas cerradas del jardín del Esposo, despertando emociones extrañas, impresiones vagas, tristezas que abaten . . .

Por tanto,

SILENCIO DE LA IMAGINACION

Y como esta facultad no puede ser reducida a la inacción, para convertirla en la esclava silenciosa del Amor divino, es preciso presentarle un alimento, como las bellezas del cielo, los encantos de Jesús, las escenas del Calvario, las perfecciones de Dios.

LA MEMORIA A SU VEZ DEBE CALLAR

Silencio del pasado . . . olvido . . . Es necesario saturar esta facultad con el recuerdo de las misericordias de Dios. Este es el silencio de acción de gracias o la gratitud en el silencio.

Mas si la lengua calla, si los sentidos están en calma, si la imaginación y la memoria guardan silencio, todavía en lo íntimo del alma podrá haber ruidos que turben la soledad interior sin

EL SILENCIO DEL CORAZON

Silencio de afectos y de antipatías, silencio de los deseos en lo que tienen de excesivos, silencio del celo en lo

que tiene de indiscreto, silencio del fervor en lo que tiene de exagerado...

El silencio en el amor es el amor en el silencio... ¡es el silencio delante de Dios, la Belleza, la Bondad, la Perfección!..., silencio que no tiene nada de forzado ni pone trabas al vuelo del alma; este silencio no lastima la ternura ni el vigor del amor, como la confesión de las faltas no hiere el silencio de la humildad; como el batir de las alas de los ángeles de que habla el Profeta no perjudica al silencio de su obediencia; como el *"Fiat"* no turbó el silencio de Gethsemaní; como el *"Sanctus"* eterno no turba el silencio de los Serafines...

Un corazón en silencio es un corazón virgen a quien no ha hollado ningún afecto humano, un corazón que conserva la frescura del primer amor...

La lámpara del Santuario se consume sin ruido delante del Sagrario y el incienso sube calladamente hasta el trono del Señor: ¡tal es el silencio del amor!

Antes, el silencio era todavía un lamento de la tierra; ahora, el alma empieza a entonar la primera nota del cántico de los cielos. ¡El silencio del corazón es una melodía para el Corazón de Dios!...

* * *

Debe en seguida el alma hacer que guarde

SILENCIO LA NATURALEZA, EL AMOR PROPIO

Silencio a la vista de la propia miseria, de nuestra incapacidad. Silencio del alma que se complace en su bajeza y en su nada.

Silencio ante las alabanzas y la estimación de los hombres. Silencio en los menosprecios, en las preferencias, en las murmuraciones... Es el silencio de la dulzura y de la humildad.

Silencio en la alegría y en el gozo...; silencio en las fatigas y en el trabajo...; silencio en la salud y en la enfermedad, y en la privación de todas las cosas...

Este es el silencio elocuente de la verdadera pobreza y mortificación; es el silencio de la muerte a todo lo creado; es el silencio del *"yo humano"* transformándose en el querer divino...

* * *

Hasta aquí el alma ha acallado la parte inferior y sensible de su ser. Ahora debe penetrar en la región superior y puramente espiritual donde ejerce su dominio el entendimiento y la voluntad, para hacer callar otros ruidos impertinentes. Desde luego,

HACER CALLAR LOS PENSAMIENTOS INUTILES, LOS PENSAMIENTOS PURAMENTE NATURALES

Nuestro espíritu quiere la verdad y no le damos sino la mentira. La verdad esencial es Dios... Dios basta a su inteligencia divina, ¿y no bastará a la pobre inteligencia humana?

No es posible a la debilidad de nuestras fuerzas tener una contemplación de Dios sostenida y sin interrupción, a no ser por un don de su Bondad; pero nos podemos disponer a él haciendo callar a nuestro espíritu respecto de todo lo que no sea Dios o a Dios nos lleve. Silencio pues en los razonamientos sutiles que debilitan la voluntad y desecan el amor. Silencio que se contenta con la luz oscura de la fe.

Silencio en la intención; pureza, simplicidad. Silencio en la tendencia que tenemos de buscarnos a nosotros mismos. Silencio del orgullo que se busca en todo, en todas partes y siempre...

Este es el silencio *de la santa simplicidad, del despojo total, de la rectitud.*

Un espíritu que guarda este silencio es semejante a los ángeles que contemplan sin cesar la Faz del Señor. Sólo a una inteligencia siempre callada levanta el Señor hacia Sí.

SILENCIO DEL JUICIO

No juzguemos, no dejemos traslucir nuestra opinión, no nos aferremos a nuestras ideas, cedamos con sencillez, si no hay en ello nada contra la prudencia o la caridad.

Es el silencio de la bienaventurada y santa *infancia espiritual;* es el silencio de los perfectos; es el silencio de los ángeles y arcángeles cuando reciben y ejecutan las órdenes de Dios. ¡Es el silencio del Verbo Encarnado!

El alma debe, en seguida,

no sólo guardando silencio respecto de las órdenes y mandatos; este es, por decirlo así, el silencio exterior de la voluntad. El Señor tiene algo más profundo y difícil que enseñarnos: el silencio del esclavo bajo los golpes de su dueño... ¡pero feliz esclavo, porque su dueño es Dios!

Es el silencio de la víctima sobre el altar...; de la oveja cuando se la despoja de su vellón; es el silencio en las tinieblas que nos impiden pedir luz, por lo menos luz que regocije y que consuele... Es el silencio en las angustias del corazón, en los dolores del alma...; es el silencio de un alma que ha gustado la intimidad divina y que, sintiéndose ahora rechazada por Dios, no deja escapar ni siquiera estas palabras: ¿Por qué?... ¿hasta cuándo?...

Es el silencio bajo la mirada severa de Dios, bajo el peso de su mano divina; es el silencio en el abandono y sin otra queja que la del amor...; es más que el silencio de los mártires, es el silencio de la crucifixión; el silencio de la agonía de Jesucristo.

¡Sí, este silencio es un divino silencio, y nada es comparable a su clamor, nada puede resistir a su oración; porque nada es más precioso que este abandono en el dolor, que este "fiat" en el sacrificio, que este silencio en la inmolación!...

Y mientras esta voluntad, humilde y libre, verdadero holocausto de amor, se quebranta y se destruye por la gloria de Dios, El la transforma en su divina Voluntad.

* * *

¿Qué falta entonces para su perfección? ¿Qué falta para la unión? ¿Qué se necesita aún para la perfección del Cristo en esta alma?

—Dos cosas: la primera, el último suspiro del ser humano, es

EL SILENCIO CONSIGO MISMO

No hablarse, no escucharse, no quejarse ni consolarse....; imponerse silencio a sí mismo..., olvidarse..., huir de sí, para quedarse solo, enteramente solo con Dios. Este es el silencio más difícil: es más heroico que el sueño de la muerte, ¡es el silencio de la nada!...

Y por último,

Al principio decía Dios al alma: *"Habla poco con las criaturas y mucho Conmigo"*. Ahora le dice: *"¡No hables más!"*...

Silencio con Dios quiere decir, adherirse a Dios, presentarse delante de El, anonadarse en su presencia, adorarlo, escuchar su voz, recibir sus confidencias divinas, descansar en El...

¡Es el silencio de la adoración... del anonadamiento... del amor!

Es el sueño de la esposa descansando en los brazos del Amado...

¡Es el silencio de la eternidad...; es la unión, la consumación del alma en Dios!...

"¡In pace in Idipsum dormiam et requiescam!" En El dormiré y descansaré en paz...

.....

Almas que tenéis sed de la perfección y santidad; almas atormentadas del deseo inmenso de poseer a Dios; almas que tenéis hambre, pero hambre insaciable de amor divino... ¡callad!... ¡callad!...

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S. (1)

---

(1) Adaptación de los escritos de Soeur Aimée de Jesús, Carmelita.

"LA CRUZ"

Apostolado Litúrgico de los Misioneros del Espíritu Santo

Ofrecemos a los sacerdotes, seminaristas, religiosas y fieles, todo lo relativo al culto divino: lino, brocados, ornamentos, vasos sagrados, misales, breviarios, liber usualis, misales de Dom Lefebvre para los fieles y demás libros litúrgicos.

Esta obra no tiene ninguna relación con otra que ha tomado el mismo nombre. Pida informes al Apartado 1580. México 1, D. F., o personalmente en las oficinas de esta revista.

La Vida en el Interior del Corazón de Jesús

LOS OBSTACULOS: *los afectos desordenados*

NO son los pecados mortales y veniales los únicos obstáculos que tenemos para entrar en el Corazón de Jesús, caminar por sus ocultos senderos y contemplar las riquezas que allí se encierran; sino que lo son también —y no por ligeros en apariencia, menos nocivos—, los afectos, cuando no son una expansión del amor divino; porque de ellos brotan los pecados y las imperfecciones, e impiden nuestra perfecta unión con Dios.

Claro está que no todo afecto es un obstáculo para esta unión; porque cuando el amor de Dios toma posesión de un alma, la enriquece con santos y purísimos afectos que, como brotan del tronco robusto del amor divino, lejos de ser un obstáculo, son una ayuda poderosísima para alcanzar una santidad integral y completa. Más aún, hay afectos que el amor de Dios nos exige, puesto que nos manda amar a nuestro prójimo, es decir, a todos los hombres, buenos y malos, amigos y enemigos.

Y en la exuberancia de la caridad, llegan los santos a amar, no sólo a los demás hombres, sino aún a las demás criaturas. Ejemplo admirable de esta exuberancia lo tenemos en San Francisco de Asís, cuyo corazón abarcaba en un inmenso abrazo de amor, no sólo a todos los hombres, sino a las criaturas todas.

Pero cualquier otro afecto que no nazca del amor de Dios, que tenga una raíz humana, es un obstáculo para la perfección. De esos afectos brotan los pecados, no sólo los veniales, sino aun los mortales, o por lo menos las imperfecciones.

Judas llevaba en el corazón un afecto desordenado al

dinero; quizá aun antes de la pasión de Nuestro Señor, este afecto lo había arrastrado a algún pecado; pero aun suponiendo que no lo hubiera hecho, anidaba en su corazón y se manifestaba en todas las ocasiones propicias; por ejemplo, cuando Magdalena derramó sobre Jesús aquel ungüento riquísimo de nardo, Judas se escandalizó; bajo la apariencia de caridad se manifestó el afecto desordenado: "*¿No hubiera sido mejor que este perfume se hubiera vendido en* 300 *denarios para darlo a los pobres?*"

Pero un día ese afecto estalló y fue causa del más grande de los pecados con que se ha manchado la tierra, el deicidio.

Cuando un afecto desordenado llega de tal manera a enseñorearse de nuestro corazón que llegamos a poner nuestro último fin en una criatura, se consuma el pecado mortal; éste no es más que el triunfo de un afecto desordenado sobre el amor de Dios.

* * *

Otras veces no llega a preponderar a tal grado, sino que convive con el amor de Dios; pero es como una especie de parásito que le impide su desarrollo pleno y su lozanía completa. Entonces el afecto desordenado produce pecados veniales, o por lo menos imperfecciones, que detienen el desarrollo del amor divino.

Por ejemplo, los Apóstoles, antes de que recibieran al Espíritu Santo, llevaban en su corazón afectos desordenados; se imaginaban que el reino de Dios había de ser un reino temporal, que el Mesías iba a conquistar el mundo —a la manera de Alejandro o de César— para sujetarlo al yugo de Israel; y deseaban ocupar tales o cuales puestos en ese reino.

Estos afectos no los llevaron hasta la traición, pero sí fueron parásitos que impidieron el fervor, la alegría espiritual, el entusiasmo santo que debían haber tenido en la noche del Cenáculo. Mientras Jesús estaba transfigurado por el amor y por el dolor y realizaba el misterio más estupendo, los Apóstoles estaban disputando cuál de ellos sería el mayor en el reino del Mesías.

Así acontece siempre con nuestros afectos desordenados; cuando no llegan a estallar y a producir la catástrofe del pecado mortal, son causa de pecados veniales, raíz de imperfecciones y entorpecen el perfecto desarrollo del amor divino: son verdaderos parásitos.

Cuando una planta se llena de parásitos, pierde su lozanía y su vigor, no produce las flores y los frutos que debía producir, o los produce imperfectos y mezquinos. Un buen horticultor ve una planta raquítica y no necesita más para comprender que tiene parásitos, ya en la raíz, ya en el tallo, ya en las hojas. De la misma manera, cuando un alma no adelanta en la perfección, cuando a pesar de no cometer pecados mortales, quizás ni muchos veniales, está sin embargo estacionada y no adelanta como debiera, cualquier director experimentado puede concluir: tiene parásitos, tiene afectos desordenados; tal vez no sepa cuáles sean, pero existen seguramente y eso es lo que detiene el desarrollo de esa alma.

* * *

Por eso Nuestro Señor nos enseñó de la manera más clara y precisa que para llegar a la perfección es indispensable despojarnos absolutamente de todas las criaturas y arrancar de nuestro corazón todo afecto que no sea el amor de Dios. Esta verdad la puso como base en la enseñanza del sermón de la montaña: *"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"*; es decir, la unión con Dios, la participación plena de la vida de Dios, el amor perfecto, ése es el reino de los cielos, y ése es para los pobres, para los despojados, para los que han vendido todo lo que poseían y se encuentran en la santa, en la divina desnudez de la pobreza y del amor...

En otro lugar nos enseña más claramente esta misma doctrina: "¿Quién es el que teniendo que edificar una torre no se pone primero a considerar si posee el dinero suficiente para edificarla? De lo contrario, es preferible que desista de su empresa, porque dejará la torre sin concluir y los que por allí pasen dirán: Este hombre comenzó a edificar y no pudo concluir su obra. ¿O cuál es el rey que, teniendo que hacer la guerra a otro rey, no se pone de antemano a reflexionar si puede con cinco mil hombres hacer frente a su enemigo que viene con diez mil? Porque, si no es suficiente su ejército, es preferible que envíe embajadores para concertar la paz. Lo mismo pasa con vosotros, —concluye Nuestro Señor—, si no renunciais a todas las cosas que poseéis, no podéis ser mis discípulos.

En alguna otra ocasión he dicho que a primera vista parece ilógico la consecuencia: ¿qué tiene que ver la torre

y el rey con desprendernos de todo lo que poseemos? Pero, reflexionando, comprendemos el sentido de esta lección. Así como para edificar se necesita dinero y para hacer la guerra, soldados; así para alcanzar la perfección se necesita *desprendimiento.* El que no tenga dinero que no fabrique, el que no tenga soldados que no haga la guerra, el que no tenga desprendimiento que no trate de alcanzar la perfección. Porque mientras no haya salido de nuestro corazón la última criatura, Dios no toma posesión plena de él; en tanto que no se extinga la raíz del último afecto desordenado, el amor de Dios no puede reinar en nosotros como soberano absoluto.

Nótese bien que no afirmo que el amor de Dios no pueda coexistir con los afectos desordenados mientras no sean gravemente pecaminosos, porque lo único que acaba con el amor de Dios es el pecado mortal. Tampoco digo que no se posea a Dios mientras no salga la última criatura; sí se puede poseer; pero Nuestro Señor no está en nuestro corazón a todo su gusto, como dueño absoluto de aquella morada. Le daremos el primer lugar, pero a su lado se encuentran otros afectos que, como huéspedes importunos, le impiden gozar de toda su libertad y de reinar plenamente en nuestro corazón.

Por eso Nuestro Señor le dijo al joven del Evangelio: *"Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven, sígueme".* La mejor prueba de la importancia de esta doctrina fue la conducta de este joven; debió ser un alma limpia y virtuosa, puesto que dijo ingenuamente, y Jesús no lo contradijo: *"He guardado los mandamientos de Dios desde mi adolescencia".* Sin embargo, a pesar de la avidez que tenía por conocer los secretos de la vida eterna y lo que era necesario para conseguirla, cuando el Señor le dijo aquellas palabras, envueltas en una mirada de amor, se alejó de Jesús lleno de tristeza.

El Evangelio nos dice por qué, porque era rico, porque tenía un afecto desordenado a sus bienes. No se trataba de un afecto gravemente pecaminoso, puesto que ese dinero no era mal habido ni tampoco usaba mal de él, ya que guardaba los mandamientos de la Ley de Dios; pero no quiso desprenderse de él para seguir a Jesucristo.

¡Cuántas almas hay en las que se reproduce la escena de las orillas de Tiberíades, almas a las que Jesús llama, a las que mira con amor, a las que brinda con riquezas celestiales; pero se alejan tristemente de El, porque llevan

en su corazón afectos desordenados de los que no quieren prescindir!

* * *

La doctrina que acabo de exponer es la doctrina del Evangelio; pero si vemos todas estas cosas desde la atalaya del Corazón de Jesús, a través de ese prisma divino, las veremos con mayor claridad. ¿Cómo se ve esta doctrina del desprendimiento desde el Corazón de Jesús?

Para comprenderlo, debo esbozar una idea que más tarde explicará con amplitud: al Corazón de Jesús se entra por el amor, y el amor es el que nos descubre sus riquezas, y el amor el que nos eleva hasta la atalaya que corona ese divino palacio.

Lo cual es fácil de comprender; porque a cualquier corazón siempre se entra por el amor. No hay otra manera de entrar en los corazones. Pudiera objetarse que hay corazones que se abren con dinero; pero no es verdad, el dinero rinde todo, menos el corazón; por dinero el hombre puede convertirse en esclavo de otro y descender a todas las bajezas, pero no entrega el corazón. El corazón tiene una sola llave, *el amor*.

Por eso, todo lo que es un obstáculo para el amor, lo es también para vivir en el Corazón de Jesús. En realidad, podría simplificar todas estas explicaciones que he dado y que continuaré dando con aquellas palabras de San Agustín: *"Ama, et fac quod vis — Ama y haz lo que quieras"*. En otros términos, ¿Qué se necesita para entrar en el Corazón de Jesús y para penetrar hasta sus profundidades? Una sola cosa, el amor.

Lo que pasa es que, aunque estas cosas simplísimas sean de una absoluta exactitud, nosotros, por nuestra imperfección, necesitamos desmenuzarlas.

Si el amor es la llave para entrar en el Corazón de Jesús y el guía que en su interior nos dirige, es evidente que todo lo que sea contrario al amor se opone a nuestra vida en el Corazón de Jesús; todo lo que sea obstáculo para amar, es un obstáculo para vivir en ese Corazón divino.

Por eso es un obstáculo el pecado mortal, porque toda falta grave da muerte al amor; por eso es un obstáculo el pecado venial, porque toda falta, por pequeña que parezca, ofusca el brillo santo de la caridad; por eso, finalmente, los afectos desordenados son un obstáculo para vivir en el Corazón de Jesús, porque se oponen al amor.

Pudiéramos decir que el único obstáculo para el amor es otro amor. Porque el amor es exclusivo, no tolera nada en su orden, pasa por todo, pero no pasa jamás porque el corazón amado se divida; lo que nunca tolera es compartir con otro el corazón que sólo quiere poseer. El amor es así.

* * *

En Nuestro Señor lo vemos clarísimamente: condesciende con nuestras miserias, como lo veíamos en el artículo anterior, tolera nuestras deficiencias y de nadie se deja ganar en indulgente y en misericordioso.

Los que no conocen a Dios se figuran que es exigentísimo, se imaginan que tiene como un microscopio para descubrir nuestras faltas y no dejar que se le pase una sola. Sin duda alguna que, por su santidad y por su justicia, en cierto sentido no deja pasar ninguna de nuestras faltas. Todas, o se reparan o se castigan.

Pero los que se figuran un Dios tan exigente no recuerdan que su misericordia y su amor son tan infinitos como su justicia y su santidad y, por consiguiente, que no hay nadie tan bueno para condescender, soportar y perdonar como Jesús. ¡Bendito sea El porque es así!

¿Qué sería de nosotros si Nuestro Señor no fuera como es? Realmente para soportarnos se necesita un Dios infinito en amor y en misericordia; porque todos, más o menos, somos verdaderamente insufribles. ¡Qué difícil es que nos podamos sobrellevar unos a otros! Sólo Nuestro Señor, porque es misericordiosísimo, nos puede soportar. Parece como si estuviéramos hechos el uno para el otro: para una criatura tan miserable como somos, un Dios infinito, infinito en amor y en misericordia; por eso nos entendemos muy bien.

Pero si Nuestro Señor es condescendiente, tolerante y misericordioso, hay algo en lo que no transige, porque no puede transigir: es en el amor. No quiere que nuestro corazón esté dividido con las criaturas: lo quiere todo. Y pudiera decirse que eso le basta, que con el corazón se conforma. Sin duda que, después de darle el corazón, tenemos que darle todo lo demás, porque El nos dijo: "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*". Pero, fuera del corazón, en lo demás Nuestro Señor admite esperas y tiene condescendencias.

Si es deficiente nuestra vida interior, si tenemos esas faltas propias de nuestra miseria, si no le damos todos los

frutos de nuestro huerto, Nuestro Señor espera y es condescendiente. Pero en lo que no puede transigir es en el corazón: lo quiere todo.

Y lo quiere, porque nos ama, porque el amor es así, porque es una exigencia propia de su naturaleza. Por eso Nuestro Señor combate de una manera tenaz, a las veces cruel a nuestro parecer, los afectos desordenados de nuestro corazón. Es capaz hasta de permitir que caigamos en pecado, con tal de curarnos de algún afecto oculto.

Cuántas veces, por ejemplo, a las almas orgullosas que están enamoradas de sí mismas y que por eso le niegan al Señor el pleito homenaje de su amor, El, cuando no encuentra otra manera para que alcancen la santa humildad, deja que se hundan en el pecado, y aún en el pecado mortal. Tolera una ofensa que, como vimos, es toda una catástrofe en su Corazón, con tal de salvar a aquella pobre alma; para que después de haberse hundido en el cieno, se levante y comprenda su miseria, derribe el idolillo de sí misma que llevaba en su corazón y se lo entregue a su Dios totalmente.

Allí está Magdalena, Agustín y tántos otros; y esto lo vemos con tánta frecuencia.

* * *

Esas penas interiores, a las veces tan crueles, ¿qué otra cosa son sino la lucha del Señor contra los afectos desordenados? Las almas llevan de una manera muy secreta —ni ellas lo saben— ciertos parásitos microscópicos; jamás podrán por sí mismas conocerlos y menos extirparlos.

Sin embargo, esos parásitos le estorban a Nuestro Señor, porque le estorba todo lo que, aún en lo más pequeño, contraríe al amor. Y para arrancar del corazón esos parásitos, viene la desolación terrible, cruel... el alma llora, siente ímpetus de desesperarse, clama al Señor desde el abismo de su miseria; pero El parece sordo y continúa implacablemente su obra, sin que los llantos ni las quejas del alma parezcan conmoverlo...

¿Es que ya no tiene entrañas de misericordia? Al contrario, es que ama mucho y que, ante las exigencias del amor, pasa por todo con tal de purificar al alma, de arrancar esos parásitos microscópicos, por medio del fuego y del dolor, para que el amor florezca y fructifique en aquella alma elegida.

Vistos desde el Corazón de Jesús, los afectos desordenados son enemigos del amor, cada uno le roba una fibra de nuestro corazón; y Jesús quiere que lo amemos con todo el corazón. ¡Y qué cosa más justa, cuando El lo merece todo! Además, ser tan pequeño, tan estrecho nuestro corazón, ¡y todavía quererlo dividir!

Pero no digamos tratándose de Dios: cualquier amor es así —repito—, exige todo el corazón y ni la más vil criatura se conforma con un corazón dividido; mucho menos Dios.

Pero a nosotros mismos ¿nos satisface presentarle a Nuestro Señor una parte solamente de nuestro corazón, aunque sea la más grande y la mejor? ¿No es verdad que queremos entregarle el corazón todo entero? Todos tenemos muchos títulos para hacerlo así, porque es nuestro Creador, de quien hemos recibido todo; porque es nuestro Redentor, que nos compró con su Sangre, de manera que es un robo quitarle una sola fibra de nuestro corazón; es suyo, lo compró y le costó carísimo.

Pero las almas consagradas tienen especiales títulos para hacerlo, porque en la plena libertad de su alma le han entregado todo el corazón. ¿No significa eso en el fondo la profesión religiosa? Aunque aparentemente los votos obliguen a guardar pobreza, castidad y obediencia, en realidad, en esos tres votos está el amor. Es la manera de entregarle el corazón. Y Nuestro Señor no estaría satisfecho con esa ofrenda, si en el fondo de ella no viniera la grande, la suprema donación, el don de nosotros mismos, la entrega de nuestro corazón, nuestro amor.

Y no solamente en la profesión religiosa, sino ¡cuántas veces en la vida le hemos dicho a Nuestro Señor que nuestro corazón le pertenece totalmente! Y estas oblaciones han sido sinceras.

Y como decía antes, reflexionemos que el más pequeño afecto desordenado es un robo; le quitamos a Jesús amor, arrancamos una fibra a nuestro corazón y, quitándosela a Jesús, se la entregamos a las criaturas.

Si amamos a Dios, entreguémosle el corazón totalmente. No nos preocupemos demasiado de nuestras fragilidades y deficiencias, nadie mejor que Jesús conoce el barro de que estamos formados y sabe compadecer nuestra flaqueza y ser indulgente con nuestras debilidades. Pero hay una cosa de la que sí nos debemos preocupar: de nuestro corazón, que esté limpio, que esté vacío, que sea todo de Jesús.

* * *

Hay almas que no comprenden por qué o cómo los afectos pueden ser un obstáculo para la perfección; se figuran que solamente hay que arrancar del corazón los afectos que tienden al pecado. De manera que con frecuencia se forjan esta ilusión: este afecto que tengo ¿a cuál de los preceptos de Dios se opone? Por él, ¿a cuál mandamiento falto? —A ninguno; luego no hay aquí nada malo.

En efecto, puede ser que en este afecto no haya nada que pueda calificarse de pecado; pero le está quitando a Nuestro Señor una fibra de nuestro corazón, le está robando una parte de nuestro afecto; y Dios en este punto es delicadísimo.

Y no importa que sea una cosa insignificante, que apenas nos demos cuenta de ella; porque las cosas pequeñas pueden producir grandes efectos. ¿Qué cosa más pequeña que un microbio? Y sin embargo, los microbios son la causa de muchas enfermedades y aún de la muerte. ¡Cuántos parásitos que apenas se perciben echan a perder las plantas y malogran sus frutos! En una máquina de precisión, el más ligero polvillo puede impedir su funcionamiento. Lo mismo pasa con estos afectos al parecer insignificantes y que pueden, sin embargo, impedir la gran obra de nuestra santificación.

Decía al principio que el primer consuelo que hemos de brindarle al Corazón de Jesús es la entrega total de nuestro propio corazón; pero esta entrega debe ser tal que entre nuestras almas y El no haya ni obstáculo ni reservas, para que sea estrechísima. Por tanto, reflexionemos que los obstáculos y las reservas que impiden nuestra perfecta unión con Jesús son precisamente los efectos desordenados.

¿No hemos sentido alguna vez como que hay algún estorbo entre Jesús y nuestro corazón, que hay algo que nos impide unirnos tanto cuanto El y nosotros lo deseamos? ¿Qué será? —Son precisamente esos afectos. El día que no haya ninguno, nuestro corazón, dilatado, se llenará con el amor de Dios, nos arrojaremos totalmente en el Corazón de Jesús y El se nos dará sin reserva.

¿Valdrá la pena de estar retardando el misterio de nuestra unión con Jesús por unos afectillos que realmente no valen nada? Ningún afecto humano vale la pena, pero al menos algunos en apariencia tienen algún valor. Que

el joven del Evangelio no haya querido seguir a Jesús porque era rico, fue una necedad; pero al fin, una fortuna es algo. No seguir a Jesús porque se tiene un capital de muchos millones, no se justifica pero se explica humanamente. Mas no seguir a Jesús por algo tan insignificante como un centavo, ¿no es la mayor locura?

En el fondo, tan locura es una cosa como la otra, porque a los ojos de la fe lo mismo es un centavo que diez millones de pesos; pero vistas las cosas aún humanamente, es inexplicable que por una verdadera bagatela no entreguemos a Nuestro Señor totalmente el corazón. Porque con frecuencia a muchas almas ése es el obstáculo, una bagatela.

Es por consiguiente indispensable arrancar del corazón cualquier afecto, porque se opone al amor divino, porque impide nuestra perfecta unión con Dios, porque esteriliza nuestra alma y es un obstáculo para que le ofrezcamos el consuelo que de nosotros espera su Corazón divino.

Entremos, pues, dentro de nuestro propio corazón, veamos si hay en él algún afectillo que le impida a Nuestro Señor reinar totalmente en él y entonces, de una manera implacable, arranquémosle.

Y si no lo podemos descubrir o no lo podemos arrancar, digámosle entonces a Jesús: "Señor, algo he de tener que me impide unirme contigo, pero no sé dónde está ese parásito ni menos puedo arrancarlo; me pongo, sin embargo, en tus manos para que Tú con el bisturí, con el fuego, con con lo que quieras, me lo arranques, purifiques mi corazón y lo dispongas para la unión plena contigo".

Ya veremos cómo cuando desaparezcan del corazón todos esos parásitos, sentiremos como que nace en nosotros un *amor nuevo;* Jesús se nos dará sin reservas y nosotros nos daremos a El sin obstáculos. Y los dos corazones, el de Jesús y el nuestro, se fundirán en un solo misterio de amor . . .

LUIS M. MARTINEZ
Arzobispo Primado de México.

El Crucificado del Japón

—XVII—

Después de 1626 tenemos pocas noticias de los mártires del Japón, tanto porque la persecución fue creciendo más y más, como porque, reducidos los misioneros a muy escaso número, apenas si tenían tiempo de atender a las más apremiantes necesidades de la cristiandad perseguida.

Nos vamos, pues, a limitar a los pocos datos que llegaron hasta nosotros.

En 1626 fueron aprehendidos tres dominicos, el P. Luis Beltrán y los Hnos. japoneses Mansio de Santa Cruz y Pedro de Santa María. El P. Luis Beltrán era sobrino del santo religioso del mismo nombre que fue apóstol de la América del Sur. Los Hnos. eran catequistas de los Dominicos y tuvieron la dicha de ser admitidos en la Orden.

Durante casi un año, los tres religiosos estuvieron presos y sufrieron grandes penalidades. A cada momento esperaban su sentencia de muerte; llegó por fin el 29 de julio de 1627, y murieron quemados vivos en Omura, con un valor que edificó mucho a los cristianos y llenó de admiración a los infieles.

No se sabe cómo lograron los cristianos apoderarse de la cabeza del P. Luis Beltrán y trasladarla a España, donde Dios la glorificó con numerosos prodigios.

* * *

Pocos días después fueron presos 3 religiosos franciscanos y 12 seglares; de ellos 9 eran hombres y 3 mujeres. Magdalena Kiota, de sangre real, María Vaz y Francisca.

Los religiosos franciscanos eran: el P. Francisco de

Santa María, que entró muy joven en la Orden de San Francisco y, apenas ordenado de sacerdote, partió para Filipinas; allí, durante 13 años, se dedicó al ministerio apostólico y al estudio de los idiomas de esas regiones. En lo más recio de la persecución, en 1622, penetró en el Japón donde ejerció el ministerio durante 4 años, en medio de los más graves peligros, hasta que al fin cayó en manos de los perseguidores.

Compañero durante muchos años del P. de Santa María fue el Hno. Bartolomé Laurel, que merece especial mención por haber sido mexicano, como San Felipe de Jesús. Nació probablemente en México y primero se dedicó a la medicina. Todavía bastante joven entró como Hno. lego en la Provincia del Santo Evangelio de México y después del año de probación fue admitido a la profesión religiosa. Estando en México llegó el P. de Santa María con rumbo a Filipinas. El Hno. Bartolomé se entusiasmó para acompañarlo en sus trabajos apostólicos y, obtenida la licencia de sus superiores, se embarcaron en Acapulco en 1609. Con el mismo Padre penetró en Japón en 1622 y con él fue preso.

El tercer religioso franciscano era Antonio de San Francisco, japonés, que sirvió primero como catequista. Cuando fueron aprehendidos los dos religiosos anteriores, estaba ausente; pero al saber su aprehensión, espontáneamente se presentó al gobernador y declaró que era compañero de los otros religiosos y que estaba dispuesto a confesar su fe. En premio de su generosidad, fue admitido a la Orden.

El 17 de agosto de 1627 fueron sentenciados a muerte estos 15 cristianos. Siete fueron quemados vivos: el P. Francisco de Santa María, los Hnos. Bartolomé y Antonio y los seglares Francisco, Gaspar, Magdalena y Francisca. Los demás fueron degollados.

* * *

Pocos días después tuvo lugar el martirio del P. Tomás Tzugi, Jesuita, y dos seglares.

El caso del P. Tzugi tiene un detalle muy interesante. Era de familia noble, se educó en el seminario de Arima

y entró en la Compañía en 1589. Fue un excelente predicador japonés, quizá no superado por nadie. Cuando la orden de destierro de 1614, se estableció en Macao; pero a los cuatro años volvió al Japón y con diferentes disfraces logró burlar la vigilancia de los perseguidores.

Dios permitió una prueba muy a propósito para que no nos desanimemos al comprobar nuestra debilidad. Tantos trabajos, una vida tan difícil y la persecución que arreciaba cada vez más de tal manera desalentaron al P. Tzugi, que con grandes instancias pidió a los superiores la dispensa de sus votos. Al fin se la concedieron; pero apenas había salido de la Religión, cuando volvió sobre sí y comprendió el error que había cometido. Entonces instó mucho más para que lo volvieran a admitir. Los superiores lo sometieron a largas y penosas pruebas; como todas las sufrió con grande humildad, le concedieron al fin que volviera a profesar.

El apóstata Feiso sorprendió al P. Tzugi en Nagasaki, en la casa de Luis Maki, a donde había ido a celebrar la fiesta de Santa María Magdalena. Fue aprehendido con los que lo habían hospedado, Luis Maki y Juan, hijo adoptivo de éste. Después de tres meses de prisión, fueron los tres condenados a ser quemados vivos, el 7 de septiembre de 1627.

En su martirio hay un hecho extraordinario atestiguado por varios europeos y japoneses, del cual fueron testigos oculares. Cuando se encendió el fuego, el P. Tzugi bendijo a sus compañeros y después, lleno de serenidad y todo recogido en Dios, levantó los ojos al cielo y comenzó a orar en silencio. Mientras se quemaba, no hizo extremo alguno: próximo a expirar, entonó el salmo "*Laudate Dominum omnes gentes*". Al terminarlo, cayó de espaldas. Vieron entonces que el pecho del Padre no se había quemado, mientras todo el resto del cuerpo era presa del fuego. Algún tiempo después, el pecho se abrió por sí solo y salió de él una llama como de tres palmos de alto y tan hermosa que parecía un inmenso rubí. Este prodigio duró por el espacio de tres Credos.

* * *

Bungodono, Rey de Omura, que al principio había sido tolerante con los cristianos, en 1628 cambió completamente y se convirtió en uno de los más crueles perseguidores. Sus víctimas fueron innumerables, pero no nos han llegado de ellas datos suficientes, sino de muy pocas.

El 8 de septiembre de ese mismo año condenó a ser quemadas vivas 12 víctimas y otras 10 a ser degolladas. Entre las primeras se contaban 3 religiosos dominicos y 2 franciscanos. Entre las segundas había 6 niños de 7, 5 y 2 años. Los dominicos fueron el P. Domingo Castellet, provincial de los dominicos en el Japón, y los Hnos. Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo, japoneses los dos.

Los religiosos franciscanos fueron el P. Antonio de San Buenaventura, español, y el Hno. Domingo, japonés.

Merece especial mención entre los seglares Juan Tomaki; ante su vista degollaron a sus cuatro hijos, Domingo de 16 años, Miguel de 13, Tomás de 10 y Pablo de 7: sus cabezas las arrojaron en la misma hoguera en que él fue quemado. También Lucía, porque, a pesar de sus 80 años y de la debilidad de su sexo, demostró una entereza extraordinaria.

* * *

El 16 de septiembre del mismo año fueron degollados en Nagasaki Miguel, Pablo y Domingo, terciarios dominicos, pero de ellos no tenemos más pormenores.

A fines de ese mismo año, el 25 de diciembre de 1628, tuvo lugar el martirio de Miguel Nakaxima de la Compañía de Jesús. Muy joven hizo voto de perpetua castidad y llevó una vida muy piadosa. En agosto de 1627, sospecharon que Miguel hospedaba a los Padres y le dieron por cárcel su propia casa.

Es costumbre en el Japón que, cuando se trata de quemar vivo a un reo, se pida una contribución de leña a los ciudadanos. Cuando fueron quemados los 12 mártires del 8 de septiembre de ese año, como referimos hace poco, le pidieron leña al H. Miguel, pero se negó a proporcionarla. Lo condenaron entonces a vivir fuera de poblado; sin embargo, un día después lo tomaron preso y lo enviaron a

Ximabara, donde el gobernador lo atormentó con saña diabólica para hacerlo apostatar.

En primer lugar, lo apalearon hasta molerle todo el cuerpo: para impedir que siguiera invocando el nombre de Jesús, le introdujeron una piedra en la boca. Entretanto lo apremiaban para que apostatara, pero él les contestó: *"Harán picadillo mi carne y mis huesos y me arrancarán el alma del cuerpo, antes que sacarme de la boca tan horrible palabra"*.

Ensayaron después el tormento del agua. Tendido en tierra boca arriba, le cerraron cuidadosamente la boca y le introdujeron en la nariz un embudo por el cual vaciaron 8 grandes vasijas de agua. Cuando la víctima no pudo contener más, saltó sobre su vientre un verdugo y se lo oprimió tan fuertemente con los pies que lo hacía arrojar el agua por todas partes, y con tanto ímpetu, que con el agua salía sangre en abundancia. Este suplicio se repitió varias veces el mismo día.

Al día siguiente volvieron a atormentarle con el agua. Después, semidesnudo, lo dejaron tirado en tierra. Sufría tanto por el ardor del sol, que le hizo a Dios esta súplica: "Señor, este sol es criatura tuya, sujeta en todo a tu voluntad: te suplico me libres de su gran ardor". Dios escuchó su oración: una nube cubrió al sol y la sombra que produjo no pasó del lugar donde estaba el mártir; al mismo tiempo se desató un aire fresco que lo reanimó y le permitió respirar.

Por fin, fue condenado a una muerte terrible. Cerca de Arima hay una montaña llamada Ugen. En ella hay una garganta profunda, espantosa, calcinada por un fuego subterráneo, de manera que brotan manantiales de agua hirviente y que despide un olor insoportable a azufre. Ese lugar, por su horror, su temperatura y su pestilencia se le llama *"Ghingocu"*, o sea *"boca del infierno"*.

Hacía unos 18 años que se había abierto una nueva boca más grande que las otras, de un diámetro de cinco a seis pasos, donde el agua sulfurosa era tan caliente, que hervía con estrépito y el vapor que se formaba subía a gran altura. Esta era sobre todo *"la boca del infierno"*.

Pues bien, los verdugos discurrieron usar esta agua para martirizar a los cristianos. Uno de los primeros que

sufrió este martirio fue el H. Miguel. El 24 de septiembre lo condujeron a Ugen. Llegados a aquel lugar, le volvieron a proponer que apostatara y repitieron una vez más el tormento del agua. Después lo condujeron a uno de los manantiales de poca profundidad. El verdugo le mandó al H. Miguel que, con los pies desnudos, pasara de una orilla a la otra. Entró sin vacilar y pasó. El mismo verdugo estaba admirado de su valor, al ver que la piel se le desprendía de los pies como si se quitara el calzado.

Se le condujo en seguida a otro manantial más profundo. Entonces con una especie de cuchara, se le empezó a derramar agua por todo el cuerpo hasta que todo él quedó convertido en una sola llaga. El mártir se puso tan hinchado que no podía dar paso. Los verdugos lo llevaron en peso y lo pusieron sobre un poco de paja. Como no tenía ni siquiera piel y el invierno era muy crudo, el frío glacial de la noche le hizo sufrir tanto como las aguas termales. Esa fue su Nochebuena.

El 25 de diciembre, como a las 8, llevaron al H. Miguel a la orilla de la boca más grande. El verdugo empezó a echarle agua desde la cabeza que hasta entonces habían respetado. Era horrible los estragos que hacía el agua en la carne; la corroía y la quemaba, la hacía caer a pedazos y descubría sus huesos.

Este martirio lo sufrió el Hno. Miguel durante dos horas, sin agitarse, sin gemir; sólo invocaba a Jesús y María. Al fin expiró...

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

OBRAS DEL EXMO. SR. ARZOBISPO PRIMADO DE MEXICO

EL ESPIRITU SANTO.—4a. edición.—420 págs. .....$ 12.00
Traducido al inglés.
JESUS.—4a. edición.—352 págs. .....„ 9.25
Traducido al inglés.
VIDA ESPIRITUAL.—3a. edición.—(edición española) .....„ 12.00
Traducido al inglés.
LA INTIMIDAD CON JESUS.—280 págs. .....„ 9.50
EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION.—144 págs. .....„ 5.00
LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO.—238 págs. .....„ 6.00
SANTA MARIA DE GUADALUPE.—2a. edición, 244 págs. .....„ 6.00
ALMAS PROCERES.—186 págs. .....„ 6.00
A PROPOSITO DE UN VIAJE.—3a. edición.—172 págs. .....„ 6.00
EL SACERDOTE, MISTERIO DE AMOR.—2a. edición (ed. española)..„ 10.50
EL CAMINO REGIO DEL AMOR.—264 págs. .....„ 9.50
FRANCISCO BANEGAS GALVAN, historiador, pedagogo, literato.—Discurso de recepción en la Academia de la Lengua.—LA PERSONALIDAD DE MONS. MARTINEZ.—Contestación del Lic. Alejandro Quijano .....„ 4.50

OBRAS DEL P. J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

LA EUCARISTIA.—7a. edición .....$ 7.25
Traducciones en inglés, francés, italiano y holandés.
CONFIEMOS EN EL.—6a. edición .....,, 8.00
MADRE.—4a. edición .....,, 5.00
Traducción en holandés.
SENDEROS DE LUZ.—3a. edición .....,, 9.50
SENDEROS DE PAZ.—2a. edición .....,, 7.25
SENDEROS DE AMOR.—2a. edición .....,, 7.25
Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todo los fieles.
LA MUJER.—2a. edición.—200 págs. .....,, 5.00
SI QUIERO, PUEDO SER SANTO.—2a. edición.—234 págs. .....,, 7.50
HACIA LAS CUMBRES.—3a. edición.—250 págs. y numerosos grabados .....,, 8.00
EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO .....,, 5.00
PERFUMES LITURGICOS.—350 págs. .....,, 9.50
PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD.—278 págs. .....,, 8.00
ESCONDIDA SENDA.—Páginas sobre la vida religiosa. 266 págs. ...,, 7.50
VIDA.—Reflexiones sobre la vida de la gracia y de la gloria.....,, 5.00
LA HOSTIA SANTA.—2a. edición. Meditaciones sobre la Eucaristía...,, 4.75
REGLAS DE DIRECCION ESPIRITUAL.—2a. edición.—208 págs. ...,, 9.50
CONFIANZA.—140 págs. .....,, 4.75
LA SOLEDAD DE MARIA .....,, 7.50
VOCACION.—Para orientar a los jóvenes en su vocación.....,, 7.50
LA DIRECCION ESPIRITUAL DE LA MUJER .....,, 4.50
REFLEXIONES Y EXAMENES PARA EL RETIRO MENSUAL..... 6.75

BIOGRAFIAS

EL P. FELIX DE JESUS.—Semblanzas biográficas del Rvmo. P. Rougier. 280 págs. y numerosos grabados .....,, 9.50
UN APOSTOL DE LA CRUZ.—Concepción Cabrera de Armida. 330 págs. y 20 grabados fuera de texto .....,, 9.50
ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA.—2a. edición corregida y aumentada .....,, 5.50
UN ALMA SACERDOTAL.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera de texto,, 6.00
LA SONRISA DE UN ALMA.—Biografía edificante .....,, 3.00

TRADUCCIONES

SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD .....,, 6.50
MARIA.—Por el P. Philipon .....,, 7.50
EL GENIO CREADOR DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor .....,, 1.00
EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor
LA VIDA DE UNION CON JESUS SEGUN LA DOCTRINA CRISTIANA DE MONS. GAY. (Estas dos últimas obras están en prensa)

OPUSCULOS

LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ.—Su vida—sus fines—su oportunidad. 3a. edición, numerosos grabados .....$ 8.00
EL SACRAMENTO DE LA UNION CON DIOS.—Instrucciones sobre la Comunión .....,, 0.75
EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO.—Instrucciones sobre la Confesión .....,, 0.75
BREVE NOTICIA SOBRE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO .....,, 2.00
BREVE NOTICIA DE LAS MISIONERAS CATEQUISTAS GUADALUPANAS.—Numerosos grabados .....,, 2.00
¡YO LA MATE...! Drama en 5 actos. 3a. edición .....,, 2.50
DOS NAVIDADES.—Drama en 7 cuadros. 2a. edición .....,, 0.60
NUEVO METODO PARA REZAR EL SANTO ROSARIO.
..... $ 0.25 ejemplar; ciento... 20.00
VIA-CRUCIS.—Edición artística y de lujo. $ 1.25 ejemplar; ciento... 87.50
VISITAS AL SAGRARIO.—..... $ 0.50 ejemplar; ciento... 37.50

Acaba de Aparecer:

EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX

por el R.P. M—M. PHILIPON, O. P. Versión del Padre J. Guadalupe Treviño, M. Sp. S., autorizado por el autor.

El R.P. Philipon, notable teólogo y escritor de merecida fama, estudió durante cerca de 10 años la espiritualidad de Sta. Teresa del Niño Jesús en los procesos de beatificación, en numerosos documentos inéditos y en conversaciones con las MM. Sor Inés y Sor Genoveva, hermanas de la santa. Fruto de estos estudios son los libros que sobre ella ha publicado. Uno es —"Santa Teresa de Lisieux". Un camino enteramente nuevo— que editó la Casa Herder de España, en su versión española. Este que ahora presentamos a nuestros lectores (distinto del anterior), trata del MENSAJE que Teresa de Lisieux trajo al mundo. Es como la esencia de la espiritualidad de Sta. Teresita en su interpretación más genuina. Estamos seguros de que hará un bien inmenso a las almas.

Un volumen de 14 x 21 cms. cuidadosamente impreso, con carátula a colores, $ 6.00, precio de propaganda.

VIDA DE UNIÓN CON JESÚS

SEGUN LA ESPIRITUALIDAD DE MONS. GAY.

arreglo y versión del Padre J. Guadalupe Treviño M. Sp. S.

Mons. Gay, "el autor espiritual más clásico del siglo XIX", dice el P. Pourrat, y bien podemos agregar: uno de los mejores escritores místicos contemporáneos, escribió varias obras e innumerables cartas de dirección espiritual. Al leerlo, pensamos en S. Agustín, por los vuelos de su espíritu; en Sto. Tomás, por la solidez de su doctrina teológica; en S. Bernardo por sus constantes citas de la Sgda. Escritura; en Bossuet y Lacordaire por sus arranques oratorios.

Este libro está formado con citas tomadas de todas sus obras y de su abundantísima correspondencia, y nos da a conocer la unión del alma con Jesús — los principios — las condiciones — y la práctica de esta unión.

Un grueso volumen de 14 x 21 cms. y 340 páginas, $ 10.00 precio de propaganda.

Acaba de salir también la SEXTA EDICION de:

"CONFIEMOS EN EL"

por el Padre J. Guadalupe Treviño, M. Sp. S.—Un volumen de 14 x 21 cms., $ 8.00 rústica.

''L A C R U Z''

APARTADO POSTAL 1580 — MEXICO 1, D. F.

IMP. ALDINA.

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01470 5786